

Las elecciones de 1983

ERRORES, ACIERTOS Y NOVEDADES

Arturo Sosa A.

Más allá de la satisfacción por haber cumplido una vez más el principal rito de la democracia venezolana, de reconocer a la ciudadanía su madurez cívica y a las Fuerzas Armadas Nacionales su efectiva ayuda y ejemplar comportamiento, es necesario indagar en las indicaciones del resultado electoral las consecuencias que este proceso ha tenido en el desarrollo de nuestro sistema político. Presentamos algunas ideas para alimentar esa discusión con la esperanza de que no se paralice por las disputas internas de las organizaciones políticas, por la nueva campaña en vista a las elecciones municipales o por quedarnos con la mente en blanco ante el inminente cambio de gobierno.

DEMOCRACIA ELECTORAL EN CAMPAÑA

Una conclusión clara de este proceso electoral es la reafirmación del papel de las elecciones en el funcionamiento del sistema político. Se ha llegado a una tal identificación entre **democracia** y elecciones que todos los recursos de esfuerzo y participación política se vuelcan sobre ellas. De esta manera se explica lo prolongada y costosa que resulta la campaña electoral: se trata de la mayor movilización social y el más grande esfuerzo de participación política que realizan los partidos para el funcionamiento de la democracia venezolana. Desde la organización de complicadas "maquinarias" encargadas de crear y difundir el mensaje electoral hasta la participación de miles de ciudadanos en las mesas electorales, los partidos se proponen y logran poner al país en danza electoral.

Una campaña que significa un esfuerzo físico y político muy exigente para los candidatos y sus colaboradores. Una campaña que exige también un enorme esfuerzo a los electores bombardeados inclementemente por las estrategias publicitarias de los aspirantes. Una campaña en la que los mítines y concentraciones públicas no ganan un solo voto para quien los organiza, pero crean y mantienen esa importantísima sensación de movilización y participación de la ciudadanía en la decisión política fundamental: elegir a sus gobernantes. Una campaña que gasta miles de millones de bolívares convertidos en

"inversión política", aunque carezca de racionalidad económica. Una campaña **presidencialista** en la que a medida que avanza hacia el día de las elecciones va dejando atrás el análisis de los problemas del país, incluso los "juicios" sobre el gobierno en ejercicio y las propuestas programáticas de los partidos y se va centrando en la persona de los candidatos, convirtiéndose al final en un **match** entre individuos, más parecido a una carrera de caballos que a un proceso de toma de decisiones en el que está implicada la manera de encarar los problemas inmediatos de los venezolanos.

Una mecanismo político que una vez más ha probado su eficacia. Los venezolanos seguimos acudiendo masivamente a las mesas electorales. A estas alturas de la experiencia democrática no se puede decir que por novedad o ignorancia, más bien podemos decir que porque nos gusta; o, quizá, porque se quieren aprovechar todos los requisitos posibles de participación en el funcionamiento del sistema político y el voto es casi el único.

El sistema electoral venezolano no admite la abstención como postura política. Quien no vota es por accidente o excepción, es decir, por razones que no tienen nada que ver con sus convicciones. Se presume que las posibilidades electorales son tantas y tan variadas que el "abstencionista" no se justifica. Hemos llegado a tal grado de convencimiento de las bondades de las elecciones que el Consejo Supremo Electoral ha decidido que quien se abstiene durante dos elecciones consecutivas, o sea, no vota aunque esté inscrito en el Registro Electoral Permanente, no existe y aparece en las listas por "error" de la computadora. De esta manera el que se abstiene por razones políticas en el sistema electoral venezolano no es tomado en cuenta, sino declarado "difunto político", y eliminado del Registro.

Junto con su eficacia en el actual sistema de relaciones políticas, el sistema electoral venezolano ha mostrado nuevamente sus límites. Los mecanismos de selección de los candidatos presidenciales, de las planchas a las cámaras y asambleas legislativas están absolutamente controlados por los partidos, más aún, por los grupos de poder inter-

nos de cada partido. El acento presidencialista del sistema político se acentúa y se refuerza: la presencia del voto cruzado es insignificante, pues la atención sigue siendo predominantemente sobre la elección presidencial. Sigue siendo imposible elegir directamente a los diputados, senadores y miembros de las asambleas estatales de acuerdo a la opinión del elector sin imposición por parte de los partidos. Igualmente, el elector es obligado a tomar posición sobre el funcionamiento del gobierno que finaliza y el futuro del país en un mismo acto y con un mismo color. Las elecciones son uno de los pocos espacios de participación y movilización política, pero bien delimitado y cuidado. Participación con camisa de fuerza.

Después de la campaña y las elecciones volvemos a la habitual **democracia de cogollitos** en la que todas las decisiones dependen de las cúpulas de los dos grandes partidos políticos en concierto (o concertación) con los intereses de las élites empresariales y los principales gremios.

QUE ESTABA EN JUEGO EN LAS ELECCIONES DE 1983

Además de reafirmar el hecho electoral como principal acto de legitimación de la democracia venezolana, este proceso electoral adquirió importancia porque estaban en juego dos decisiones de peso: el tipo de líder para el momento en que vive el país, y el **liderazgo** mismo de la próxima etapa de la democracia venezolana.

Comencemos por esto último. Es casi un lugar común hablar del agotamiento del Pacto de Punto Fijo como acuerdo regulador de las relaciones entre los partidos y con las élites nacionales. En efecto, la consolidación de esta democracia de partidos y la ausencia de propuestas alternativas reales al actual sistema político han hecho caducar los objetivos que se propuso el Pacto de Punto Fijo. Más aún, los cambios que se han dado en la correlación de fuerzas políticas y en la estructura de los grupos económicos en Venezuela, al afirmarse el bipartidismo y diversificarse los intereses de los sectores económicos, han hecho inoperantes los mecanismos de entendimiento surgidos de ese pacto.



En los últimos años se han venido buscando nuevas formas de entendimiento y negociación entre las élites nacionales e incluso una lucha más o menos intensa por identificar esas élites. En ese proceso han surgido las propuestas de concentración o concertación, las peleas de FEDECAMARAS por ser reconocida como representante del sector empresarial e interlocutor exclusivo del Estado, en contra de los fuertes Grupos Económicos (Cisneros, Mendoza...) que mantienen canales propios y defienden sus propios intereses. Del mismo hay que entender los esfuerzos de la CTV y de los Colegios profesionales por ser tomados en cuenta como primeros actores en el escenario de las negociaciones políticas. También para el MAS y otros partidos de izquierda se presenta el problema de su participación en los mecanismos de conciliación que realmente deciden la marcha de la nación venezolana. Aquí también se inscriben las propuestas de "pacto social" (AD) o de las áreas de convergencia (COPEI) y todos los llamados a la "unidad nacional frente a la crisis".

Pues bien, las elecciones de diciembre de 1983 deciden a quién otorgar el "mandato" de liderizar la estructuración de los nuevos mecanismos de negociación para la conciliación entre partidos políticos y grupos de poder en las decisiones que debe tomar el Estado venezolano. Acción Democrática con Jaime Lusinchi y su propuesta del Pacto Social han recibido el espaldazo de la

legitimidad con una muy significativa diferencia y debe asumir la responsabilidad de encontrar y poner a funcionar esos nuevos canales de toma de decisión política. La primera prueba a superar es la formación del equipo de gobierno. No sólo por la composición que se haga, sino por el modo como se llegue a esa composición. Sobre este punto tendremos ocasión de volver.

La otra decisión que estaba en juego era el tipo de liderazgo de la próxima etapa de la democracia venezolana. Aunque la tentación es oponer las personas de Rafael Caldera y Jaime Lusinchi, el problema no es hacer un juicio sobre las cualidades de las personas o sobre sus capacidades para regir el Estado venezolano. Caldera representa el tipo de liderazgo de la "generación fundadora" de la democracia venezolana, como Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto, Gustavo Machado... Ellos fueron los artífices del paso del caudillismo de cuño personalista, afincado en el poder individual de un sujeto que encarnaba una alternativa de gobierno, al líder máximo de una organización política masiva. Mientras que Lusinchi encarna el tipo de liderazgo partidista o, mejor, el líder producto de esas organizaciones políticas puestas en marcha por la "generación fundadora". Lusinchi, como Luis Herrera Campíns, Octavio Lepage, Pedro Pablo Aguilar etc., han sido producto de la vida partidista, su principal escuela ha sido la lucha y construcción

de esta democracia desde el partido. Consciente o inconscientemente la escogencia entre esos tipos de liderazgo se puso en juego en estas elecciones. El país no votó contra la persona de Caldera o a favor de las cualidades de Lusinchi. No escogió entre dos personas después de valorar sus virtudes y defectos. El país optó por continuar la marcha de esta democracia con el tipo de líder a que ella misma lo ha acostumbrado. El país se manifestó confiado en el sistema que ha producido y en sus instituciones y hombres y descartó la necesidad de acudir al "padre fundador" para poder sobrevivir. El electorado confió en que sí es verdad que la democracia es mayor de edad y puede independizarse de quienes le dieron la vida.

EL POLO DOMINANTE

Para entender mejor este proceso intentemos dar algunas razones de los resultados electorales.

a) El triunfo de Acción Democrática

Una victoria que se debe fundamentalmente al partido mismo y no tanto a la figura de su candidato. Lusinchi triunfa porque es expresión del partido y logra motivar a las bases y poner en pleno funcionamiento la maquinaria acciondemocratista.

Acción Democrática logró presentar una imagen de renovación del país situada en continuidad con la marcha de la democracia hasta el presente. La propuesta de la democracia social como fase superior de la democracia política ya conseguida sintetizaba esa novedad que podía hacer renacer las esperanzas de muchos al mismo tiempo que marca una continuidad que da seguridad frente a cambios bruscos. Más todavía, el pacto social como herramienta de esa democracia social abrió los brazos a todo el que quisiera participar en su realización, pues siempre se presentó con la suficiente ambigüedad como para que nadie se sintiera excluido de su formación y con la suficiente claridad como para que se entendiera que se trataba de realizar reformas por la vía pacífica favoreciendo al mayor número posible.

Además de eso, Acción Democrática demostró ser un partido realmente enraizado en todo el territorio nacional, en todos los sectores y en todos los ámbitos del país. Aparte de una ofensiva publicitaria que supo llegar a todas las capas, y calar especialmente en las mayorías populares, los adecos aventajaron

a COPEI y a la Izquierda en el contacto persona-persona con los electores. No se confiaron en el automatismo del voto y supieron amarrar los votos por medio de una amplísima organización que cubrió barrios, urbanizaciones, gremios, sindicatos...

También recibió la fuerte ayuda de estar en la oposición a un gobierno de bajísima popularidad. El desempleo, la política económica, la sensación de ausencia de gobierno, el reconocimiento de una crisis económica y social que parecía evitable... generaron un descontento colectivo en toda la población que fue hábilmente canalizado por AD.

Hay que notar, sin embargo, que la avalancha de votos hacia Lusinchi y AD no significa que esa gran parte del país se inscribió en el partido y que su apoyo en adelante será incondicional. Al contrario, ese apoyo es, en gran parte, reacción a la situación difícil que se ha vivido y apuesta a que el liderazgo representado por Acción Democrática puede manejar las dificultades con menor perjuicio para la mayoría. No son, pues, votos de propiedad sino un aval que tiene que pagar desde el gobierno con políticas aceptables por la mayoría que dio su voto por esa fórmula.

b) Los errores de COPEI

La estrategia y el comportamiento de COPEI cometieron una serie de errores que provocaron su gran retroceso electoral y reubicaron las fronteras de su espacio político.

Un gran error fue la desidentificación con el gobierno de Luis Herrera. La pretensión de autonomía del partido frente al gobierno no ha sido únicamente estrategia electoral, sino el comportamiento del partido cuya dirección nacional es aplastantemente calderista desde las elecciones internas de 1979 en las que fue elegido Eduardo Fernández como Secretario General, que se potenció durante la campaña. Recuérdense los juegos de palabras como "solidaridad inteligente", o los mensajes enviados a través de la prensa sobre decisiones de Estado, las caras largas a la salida de las reuniones de los martes en La Casona... que claramente indicaban una total incomunicación política entre los copeyanos en el gobierno y la dirección calderista del partido. Esa situación llevó a plantear una estrategia electoral que echó por la borda toda la obra del gobierno (que mucha o poca no puede eliminarse de la discusión electoral) y partió del reconocimiento de que el país estaba en una crisis tan profunda

que necesitaba prácticamente un gobierno nacional de emergencia. En la marcha misma de la campaña los recursos del gobierno y los del partido en lugar de sumarse se anularon mutuamente. La pretensión del calderismo fracasó, no porque los electores venezolanos no sean capaces de diferenciar a COPEI del gobierno o a Caldera de Luis Herrera, sino porque quiso castigar la irresponsabilidad del partido en el apoyo debido a su propia gente en el gobierno y la incoherencia de un partido responsable de la crisis que se vive y que pretende presentarse como salvador inmaculado de la nación.

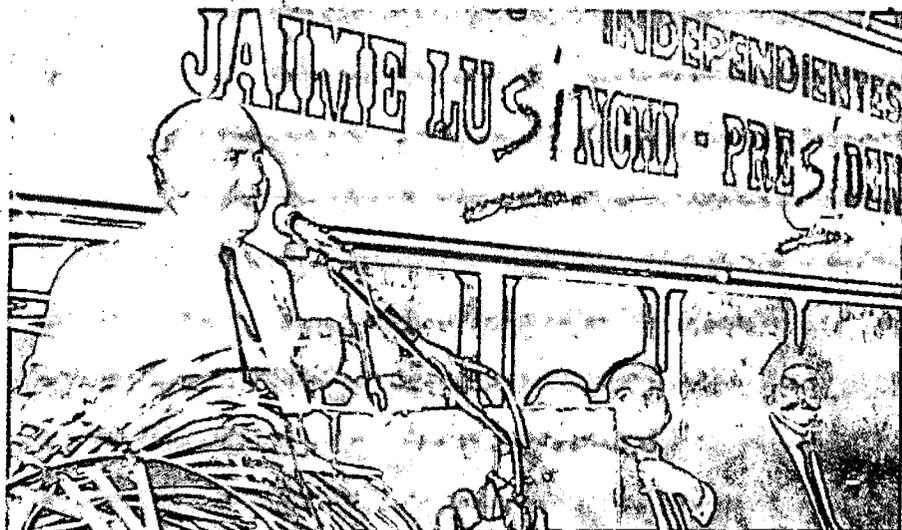
Otro gran error fue la candidatura de Caldera. Error político al preferir como criterio de decisión los valores personales y el prestigio del líder máximo a una evaluación a fondo de la situación del país y la propuesta de una salida apoyada en el partido. COPEI prefirió jugar a los atavismos personalistas que pueden quedar en el inconsciente colectivo a dar un paso audaz en su propuesta política, cometiendo así un error histórico pues se equivocaron en la percepción de la evolución política de los electores venezolanos en los últimos veinticinco años.

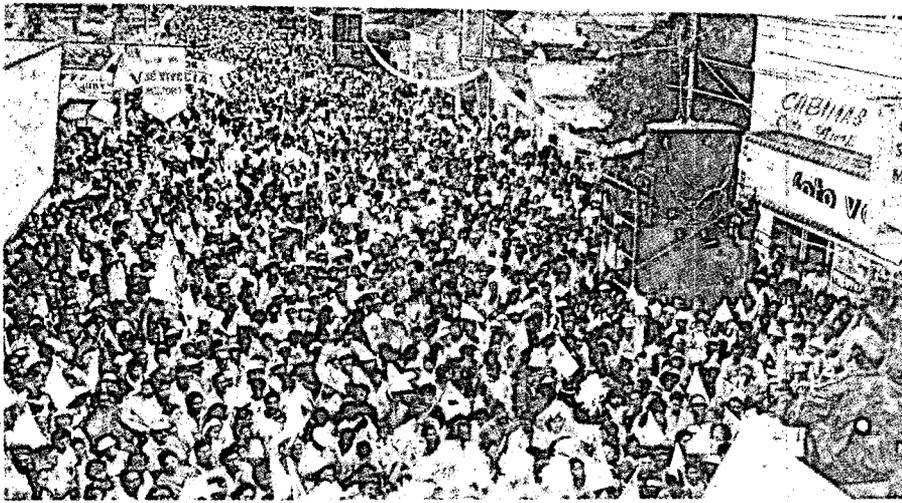
Caldera es un político conocido y frente a quien ya había posiciones tomadas por su actuación histórica. Posiciones sumamente difíciles de cambiar. Su condición de ex-Presidente lo convertía en una instancia de consulta obligada por su experiencia y conocimiento del manejo del Estado, pero pretender usar esa condición como propuesta electoral es arriesgarse a que le vuelvan a decir que al país no le gustó tanto su gobierno, como para repetirlo aunque aprecie su dedicación, su experiencia, sus conocimientos y sus opiniones.

Más difícil de medir con precisión es el efecto que pudo haber tenido el rechazo a la reelección en la derrota de Caldera. Sin embargo, es un elemento que no se debe olvidar. En síntesis, el país no buscaba en estas elecciones un nuevo líder máximo ni un nuevo caudillo, sino una opción política que abriera horizontes de futuro, una alternativa al manejo de este Estado y esta democracia. COPEI erró en su propuesta y salió con las tablas en las cabeza dando la oportunidad de derrotar al personalismo mesiánico frente a propuestas más político-democráticas.

Se cometieron también otros errores de menor cuantía como "despreciar" las cualidades de Lusinchi como político y como posible jefe de Estado, por lo que la campaña acentuó su dimensión de competencia personal. El mensaje copeyano al final se reviró, pues tanto y tan mal hablaron de Lusinchi que lo convirtieron en una caricatura muy alejada de la realidad que pudo ser neutralizada con una presencia discreta de Lusinchi al final de la campaña. Igualmente la ofensiva publicitaria final logró crear la falsa idea del posible triunfo de Caldera, pero se volvió en contra decidiendo a muchos indecisos por Lusinchi. Se exageró, también, el recurso a las predicciones hechas por numerólogos, videntes e iluminados muy en contraste con las posiciones doctrinales, la conducta copeyana en el pasado, y los sondeos científicos conocidos por la dirigencia.

Si la imagen de un Caldera mesías y salvador no caló en las mayorías venezolanas, ni en el propio Caldera que supo reconocer gallardamente su derrota y la sabiduría del pueblo, parece que sí lo hizo en algunos de sus colaboradores más cercanos:





...“Venezuela tuvo la oportunidad de tener a su mejor hombre en la Presidencia de la República en el próximo quinquenio. Optó por tomar otras alternativas. Dios quiera que no tenga que arrepentirse muy pronto”. (Oswaldo Alvarez Paz, Jefe del Comando de Campaña de Caldera, en *El Nacional* del 13-12-83).

c) El futuro inmediato

Acción Democrática se propone en lo inmediato consolidar su triunfo posiblemente iniciando un gobierno de amplitud, acelerando la renegociación de la deuda externa y tomando algunas medidas de corte populista mientras prepara su plan de acción para los cinco años. La calma interna lograda con la apabullante victoria del partido tiene aún dos escollos que salvar: la conformación del equipo de gobierno en el que el Presidente Electo tiene que hacer gala de su mejor intuición política para mantener el apoyo de todas las tendencias internas y dar muestras de amplitud hacia el resto del país, y la renovación de las autoridades partidistas que debe hacerse en el transcurso de 1985. En el primero de los escollos pueden encallar las buenas relaciones entre el gobierno y el partido, y en el segundo las posibilidades de una verdadera renovación ideológica y programática de AD, más acorde con una nueva etapa de la democratización de Venezuela.

AD también se enfrenta al reto de darle contenido concreto a la propuesta del **pacto social** en un momento en el que la situación económica del país no tiene mucho margen de flexibilidad y en el que todos los sectores luchan por no ser excluidos. En este punto también hay que lograr un difícil equilibrio en la repartición de cargas y beneficios sociales.

En COPEI la derrota abrió las compuertas de la disputa interna. Las propuestas de analizar las causas de los resultados electorales parecen más bien amenazas de cobro de cuentas. Caldera ha insistido varias veces en su condición de luchador político y en que no tiene la menor intención ni de salir del país ni de retirarse de la vida partidista. Luis Herrera ha recalcado la necesidad de examinar la situación porque en COPEI sí ha pasado algo. Los calderistas insisten en que se trató de un voto-castigo al gobierno, mientras que el llamado herreropablismo pide la renuncia de Eduardo Fernández como responsable de la estrategia de desvinculación entre el partido y el gobierno. Los calderistas, por su parte, proponen adelantar la convención nacional para renovar el mandato de Fernández en la Secretaría General, mientras que el herreropablismo pide tiempo para reincorporarse al partido y capitalizar también los efectos de las próximas elecciones municipales. El calderismo insiste en que gracias a la candidatura de Caldera y a su esfuerzo político se salvó el partido mientras que el herreropablismo quiere cobrarle la cantidad de líderes que perdieron sus curules parlamentarios a la errada política de alianzas de la dirigencia de la campaña... En fin, los ánimos están muy encendidos y el peligro es que el partido se convierta en una “federación de facciones”, pues una división es muy poco probable, con lo que arriesga incluso el volver al gobierno en las elecciones de 1988, aunque en este quinquenio sea el grupo opositor más fuerte y el principal candidato a canalizar un posible descontento o frustración frente al gobierno que comienza.

UNA ALTERNATIVA ENCLENQUE

El polo alternativo —la izquierda venezolana— aparece en estas elecciones débil y estancado. Las explicaciones que se han dado van desde las optimistas de quienes subrayan que no se retrocedió, que la izquierda mantuvo su espacio y creció al menos proporcionalmente al aumento de población electoral, hasta las de quienes han comparado la derrota de 1983 con la de 1963 cuando la izquierda alzada en armas no logró el apoyo de las masas.

Antes de la campaña electoral los análisis políticos indicaban esa debilidad de la izquierda y desde diversos ángulos se advertía que era una izquierda aislada de las luchas cotidianas del pueblo, demasiado dedicada a la vida parlamentaria e institucional, que dedicaba muy pocas energías a sembrarse en los sectores populares y medios del país. La campaña llenó de ilusiones también a la izquierda. La dura realidad, sin embargo, es que sin esa implantación en el pueblo a medida que va avanzando el proceso electoral se va desinflando la ilusión de una significativa votación de la izquierda.

La explicación de por qué la izquierda se infla y desinfla en el año de campaña tiene que ver con esa ausencia de esfuerzo sistemático por estar inserta en la vida del pueblo agravada por las características del proceso electoral. El acento presidencialista y de justa entre figuras individuales que cobran las campañas electorales ponen a las candidaturas de izquierda en desventaja total y la hace víctima de la llamada “economía del voto”, o sea, del arrastre que tiene la idea de jugar a ganador. Contrarrestar ese efecto significa una capacidad de penetración de espacios sociales y de conexión organizativa con esos espacios que la izquierda está muy lejos de tener. Todo este conjunto de factores lleva, además, a que sea sumamente difícil percibir a la izquierda como alternativa de poder real, menos aún si insiste en subrayar sus candidaturas presidenciales.

El MAS demostró que sabe usar los recursos técnicos y publicitarios de las modernas campañas electorales. También que puede gastar mucho dinero en la campaña. No hay, sin embargo, proporción entre el mensaje y la base social de apoyo ni entre el esfuerzo publicitario y la efectividad de la organización partidista en asegurar el voto. Si la discusión política interna del MAS sobre su propio perfil masista y su propuesta política distinta de AD y de la

"izquierda tradicional" no se convierte simultáneamente en conquista efectiva de espacio político con base social permanente y real y más amplia que los intelectuales de clase media, que se refleja en las elecciones y en la vida cotidiana, el masismo no será conocido sino en algunos círculos de estudiosos de las curiosidades políticas del país o entre historiadores de las ideas políticas venezolanas.

Los "factores" que apoyaron la candidatura de José Vicente Rangel no lograron pasos significativos en el camino de lo que ellos mismos han llamado la "unidad de la izquierda". Más bien se beneficiaron grandemente del candidato cuya figura política apareció madura y crecida en esta campaña. Las maquinarias de los partidos que lo apoyaron aseguraron un piso electoral, pero no trascendieron más allá en la presentación de un mensaje capaz de reunir el descontento popular alrededor de sus organizaciones.

El aumento de la votación del Partido Comunista de Venezuela y de la Liga Socialista parece poder explicarse como el reflujo del voto más radical, más comprometido con una visión "comunista" o decididamente revolucionaria de lo que debe ser la alternativa socialista en Venezuela. En elecciones pasadas esos votos pudieron emigrar hacia el MAS y sobre todo hacia el MIR, pero en las condiciones de esta campaña parece lógico que se exprese en proposiciones más seguras.

En todo caso, los resultados electorales de diciembre de 1983 le ponen a toda la izquierda en Venezuela una serie de interrogantes respecto de su participación en las elecciones que no puede eludir si pretende crear una alternativa a la actual estructura social y política venezolana. Es de vida o muerte para la izquierda encontrar una fórmula de participación en las elecciones que aumente y nos disminuya su credibilidad como alternativa política, que sea veraz en sus proposiciones y no se limite a hacer un papel de actor de comedia en el que tanto el que lo hace como los espectadores son perfectamente conscientes de que es una ficción que no afecta la realidad.

Aceptar y respetar las reglas del juego democrático no significa acomodarse a la conducta y métodos de los partidos dominantes. Más bien se trata de participar honestamente en la vida democrática para profundizarla, es decir, para introducir cambios radicales (hasta la raíz). Y eso sólo es posible

comportándose de una manera distinta, cualitativamente diferente, a los actuales triunfadores. La participación electoral es una expresión más de una fuerza social que pretende conquistar el poder de la sociedad para ejercerlo en una dirección alternativa al actual poder dominante. Mientras no se encuentre ese camino la participación electoral de la izquierda no hará sino fortalecer al polo dominante pues sirve para demostrar que es una democracia abierta y pluralista en la que todos pueden participar sin ningún tipo de restricción, y para que después de las elecciones los voceros del sistema se llenen la boca diciendo que es el pueblo el que no quiere el cambio ni la transformación estructural de esta democracia.

NOVEDADES EN EL SISTEMA POLITICO VENEZOLANO

La experiencia de estos 25 años de democracia deja muy claro que el estar en el gobierno desgasta electoralmente al partido. En efecto, en todas las elecciones desde 1958 a esta parte el partido de gobierno o ha perdido las elecciones o ha sufrido una considerable baja en su votación. La razón de esa constante no es sólo que se hace un mal gobierno, influyen además otros factores que tienen que ver con el modo de hacer político en esta democracia y que la meten en una especie de callejón sin salida. Uno de esos factores es la inmensa diferencia que hay entre las expectativas creadas por el candidato y partido ganadores y sus realizaciones en el gobierno. Posiblemente las realizaciones son muchas pero siempre muy por debajo de las expectativas. Y las expectativas no pueden ser menores porque si no se prometen villas y castillos no se ganan las elecciones; étendremos la posibilidad en esta democracia de participar en una campaña electoral en la que se discuta la realidad del país y se propongan soluciones viables para solucionar los problemas en vez de que se nos pinte un bello e irrealizable futuro?

Otro tipo de razones para explicar la derrota permanente del gobierno y del partido de gobierno tienen que ver con la estructura misma del sistema político. La alternabilidad entre AD y COPEI es prácticamente la única posibilidad de renovación y reforma que permite esa estructura. Es, en otras palabras, la única manera de manifestar la insatisfacción con los progresos hechos e impulsar la realización de algunas reformas que aumente el grado de satisfacción del electorado. Es uno de los po-

cos resquicios de participación y ejercicio democrático que existe. Además, eso significaría que AD y COPEI no son la misma cosa, al menos que no son percibidos como iguales en la práctica cotidiana de ser gobierno y de resolver los problemas de los distintos sectores sociales. En la actual estructura del sistema político venezolano la presencia de AD o COPEI en el gobierno no es indiferente y su alternabilidad en el manejo del Estado asegura el equilibrio en los beneficios sociales que mantiene una tan amplia base social de apoyo al bipartidismo existente.

Dentro de esa dinámica en estas elecciones se da por primera vez el triunfo de un partido solo, sin pactos políticos con otros partidos para gobernar (como fue el de Punto Fijo) que supera la mitad de la votación, con una diferencia tan grande respecto de su contendor y con una mayoría tan significativa en las Cámaras Legislativas y Asambleas estatales. Hasta este momento el sistema político ha funcionado por los mecanismos de conciliación de élites en los que la presencia de dos partidos, aliados o contrarrestados por su peso político-electoral, ha garantizado un equilibrio básico. Dé cómo maneje Acción Democrática su inmensa mayoría va a depender que se den cambios más o menos grandes en los mecanismos reales de toma de decisiones dentro del sistema político venezolano. De allí la importancia de cómo se concrete prácticamente el Pacto Social y de la estructuración que haga Lusinchi de su equipo de gobierno.

